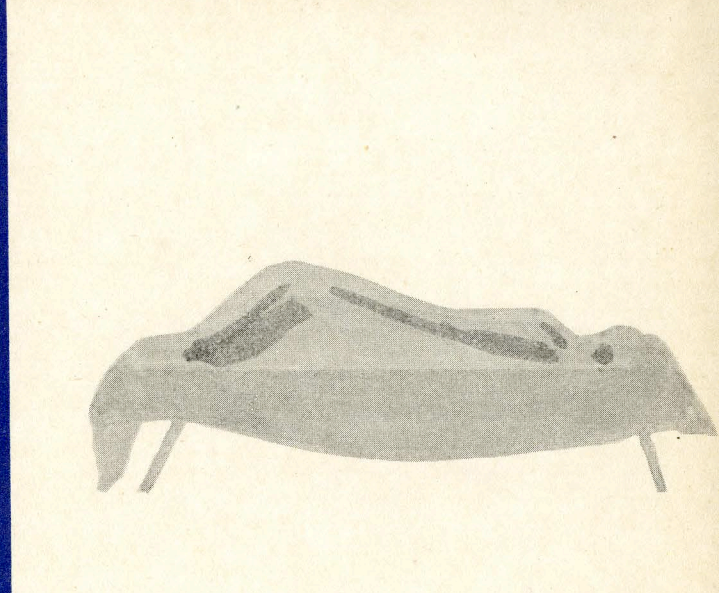
CAMAS – FELIZA BURSZTYN

Cuando la obra de un artista llega a un cierto nivel de trabajo y rendimiento, certificado por invenciones renovadas a lo largo de quince años, como es el caso de la escultura de Feliza Bursztyn, ya es hora de solicitar al público una visión inteligente, global y comprensiva, en cambio de la aceptación caprichosa de obra por obra. Feliza Bursztyn abrió un campo desconocido para la escultura colombiana cuando trabajó por primera vez en las chatarras: lo mismo pasó con las histéricas, años más tarde, y algo muy semejante pasa ahora con las

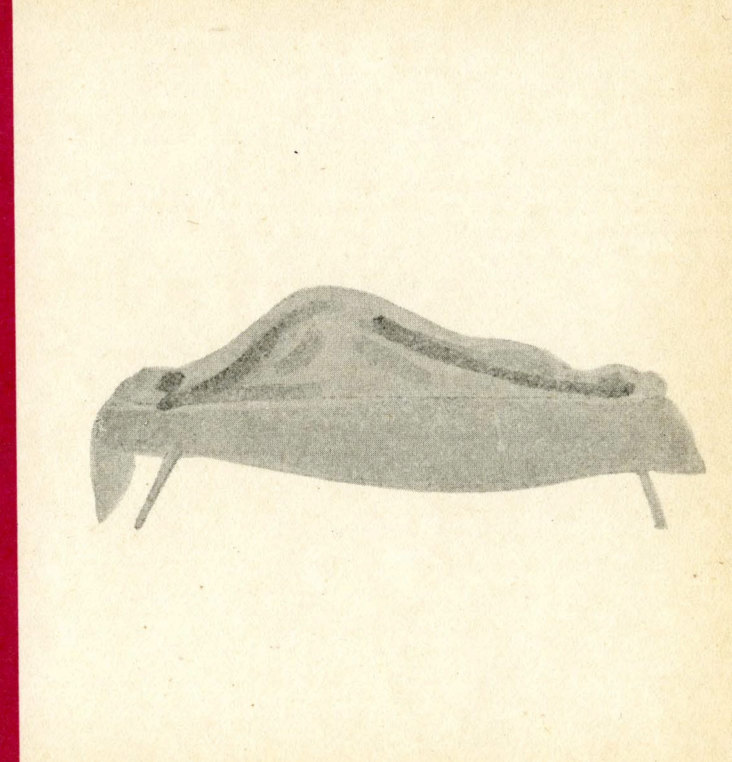


MUSEO DE ARTE MODERNO LA TERTULIA

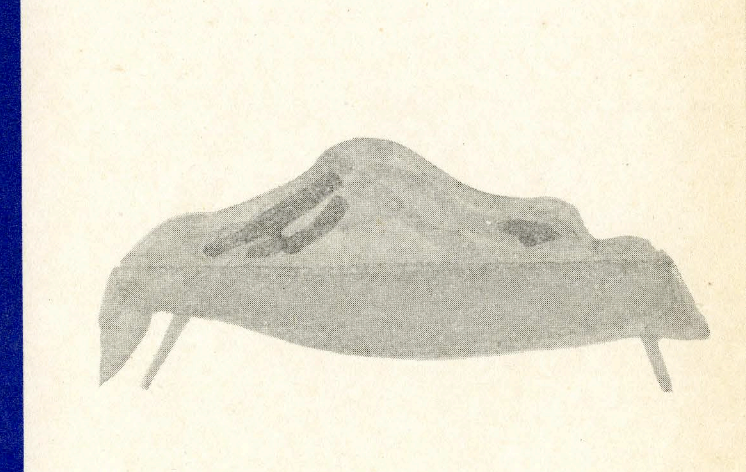
Cali Septiembre 1974

camas y las miniesculturas que produce en la actualidad. En todos los casos ha sido un verdadero agente de provocación para el público que pretende seguir dormido o anestesiado y que sigue pidiéndole a la escultura respuestas descriptivas o que admite, a lo sumo, que se desvíe por una ruta organizada y produzca construcciones racionales.

Feliza siempre ha sido otra cosa: oponiéndose con igual vehemencia al monumento retórico y a la pieza sabiamente

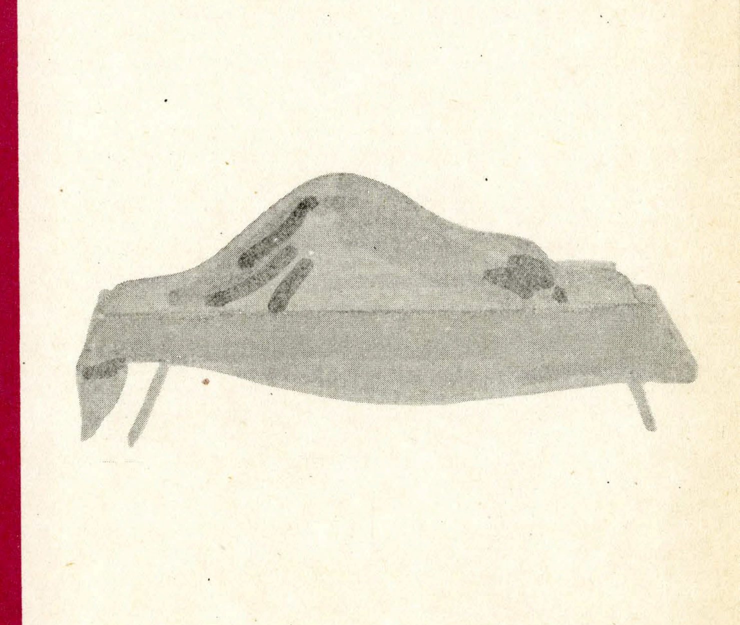


articulada, abrió a plena conciencia el campo de la imaginación libre, desató fuerzas, nucleó fragmentos de la manera más arbitraria, sacó partido de cuanta cosa caía bajo sus manos. Obrera seria y consecuente, armada durante años de la máquina soldadora para demostrar que todo podía ser pegado con una buena dosis de gracia y otra no menos importante de arbitrariedad, comenzó en el 68 a manipular un material blando, brillante y sensual: con paños satinados de colores brillantes, como los que escogen las mujeres del



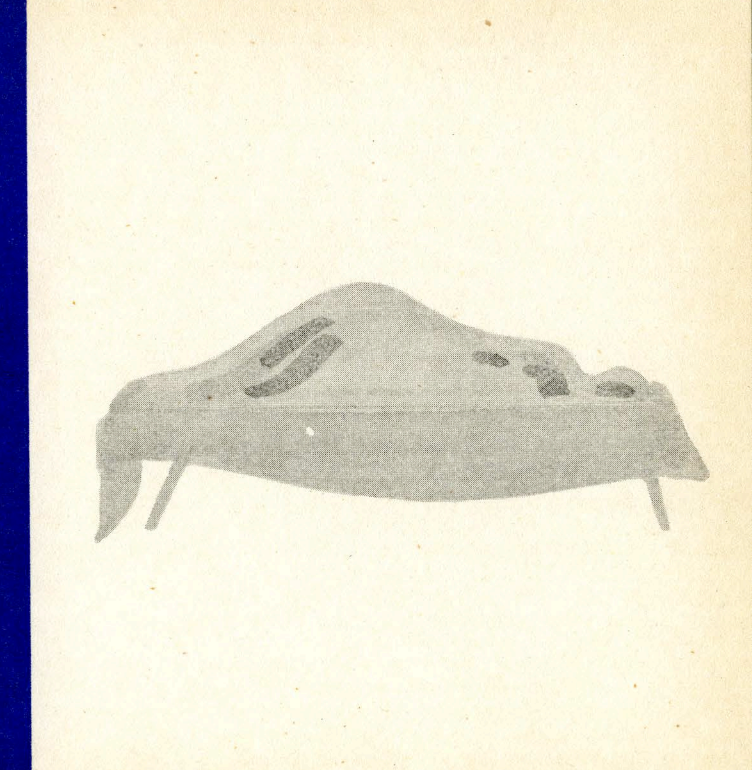
pueblo para vestirse en excepcionales días de fiesta, imaginó sus camas móviles, a las que volvió a comunicar las vibraciones maniáticas de las histéricas.

Motor vibrando, paño deslizándose sobre la cama como un estandarte ambiguo- sexual, patriótico, erótico; la suma de estos factores dió, mejor que piezas escultóricas, elementos para presentar un espectáculo. Si la propuesta de Feliza consiste en armar un impactante espectáculo, hay que



seguirla por ese camino.

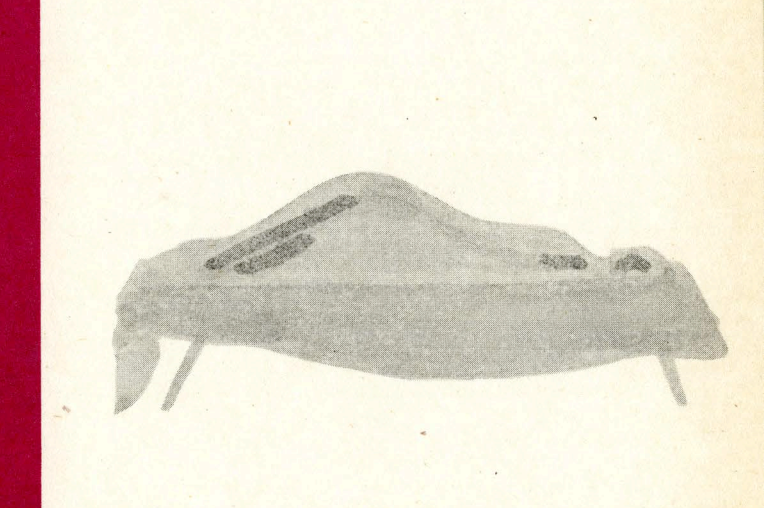
El tono anti-convencional que ha caracterizado desde un principio su tarea escultórica, aparece magnificado en el espectáculo. Para que lo convencional, la costumbre y la rutina del ojo queden definitivamente cancelados, el espectáculo crea un nuevo espacio donde la cámara negra obliga a perder las referencias. Nadamos, pues, en un espacio *otro*, obligados a convivir con el movimiento de las



camas.

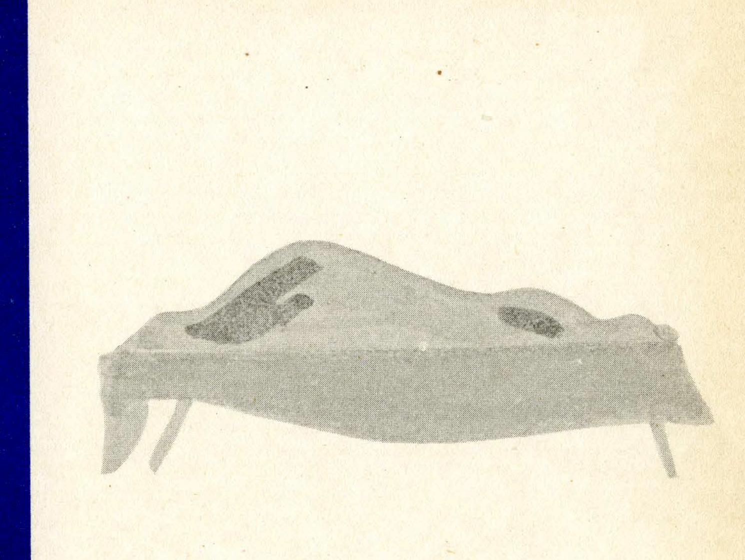
Experiencia liberadora, bien podría ilustrar el gran tema de nuestro siglo: eros y civilización.

Feliza es una solitaria en un medio arcaico, donde crecen las restricciones y los tabúes a medida que se ahonda la diferencia insular de Colombia respecto a las carreras de países desarrollistas o de simulacros de sociedades



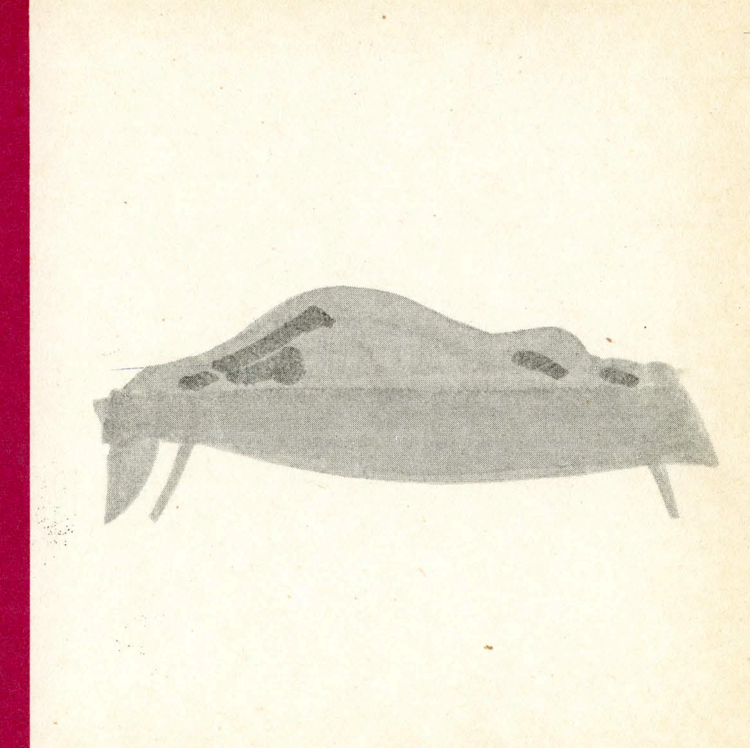
industrializadas. Pataleando sobre esa piedra de fundaciones, inmóvil y resistente, que es Colombia, Feliza ha pasado muchas veces por rebelde sin causa, y esto es una verdadera injusticia. Todos sus actos de agresión a los modelos establecidos nacen del mismo deseo desesperado de sacudir el medio, desempolvarlo, hostigarlo. Nacen, claro está, del amor al medio y de su furioso deseo de modificarlo.

Esto se comprueba sin vuelta de hoja cuando se recorre su



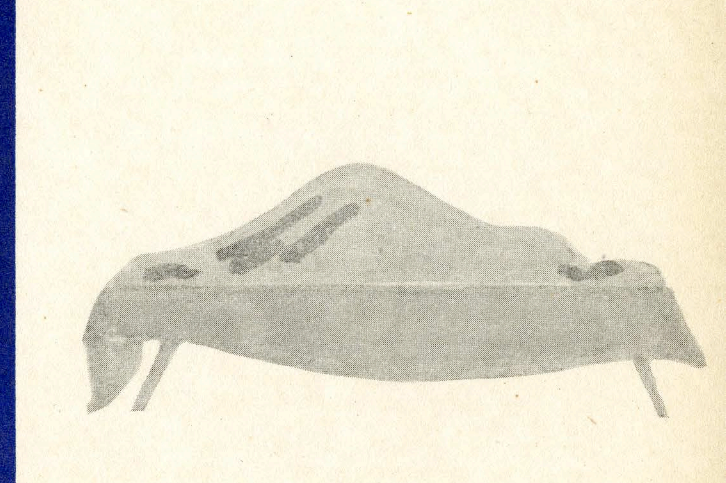
obra y se registra la ternura que hay detrás de tanto desplante - cuando se verifica que toda forma tiene su razón de ser y que una de las más constantes motivaciones es liberar la imaginación.

La*imaginación a la escultura*, como la imaginación al poder, es todo un programa y también un reto. No vale ser imaginativo si el público al cual quiere llegarse permanece ciego, sordo y mudo, refractario a la invitación. No sirve de

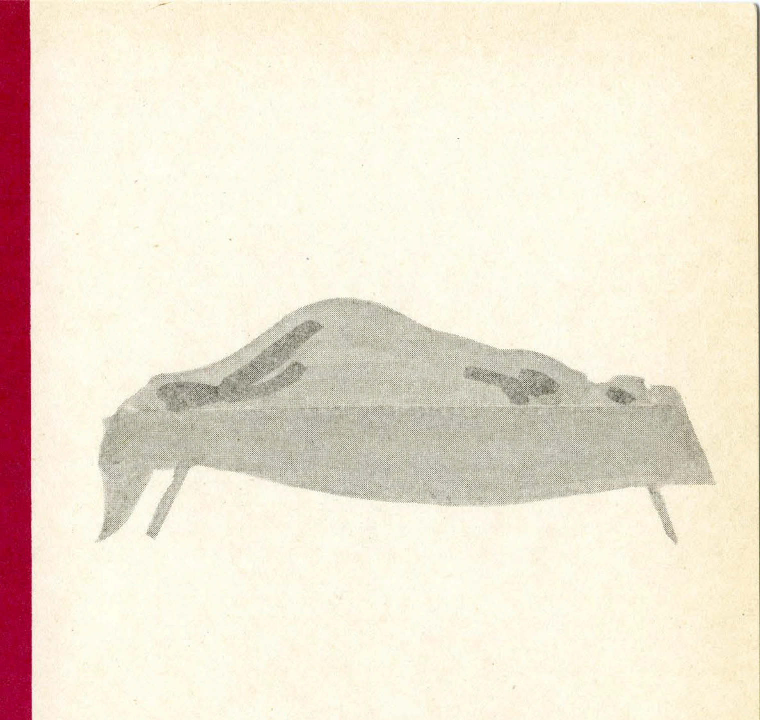


nada querer ser imaginativo si el artista se duerme sobre una fórmula y la machaca hasta extenuarla.

Para que el programa y el reto sean eficaces, hay que buscar el modo de persuadir al público y Feliza ha sido incansable en este aspecto. No hay nada que no haya ensayado: miniesculturas, maxi-esculturas, monumentos audaces, murales, espacios ambientales; ahora, este poderoso espectáculo de camas convulsas.



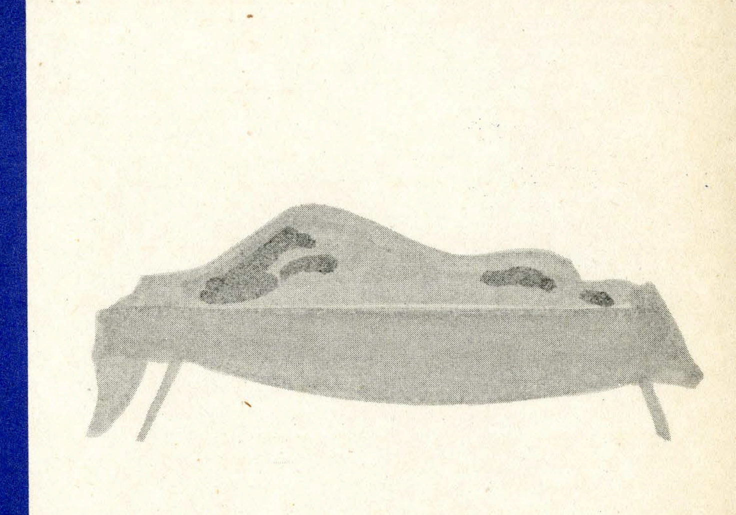
Es, por desgracia, muy fácil, evitarse el trabajo de examinar la obra de Feliza Bursztyn con la misma seriedad que ella ha puesto en realizarla, si se la juzga como una excéntrica de quien puede esperarse cualquier cosa. Pero esta apreciación ligera y poco satisfactoria no conducirá jamás hasta adentro de la obra de Feliza. Será imposible reconocer su valor personal para enfrentarse a la pasividad y la pereza mental, así como para rectificar las distorsiones con que reiteradamente se ha pretendido



desconocer o descalificar su tarea.

La adecuada respuesta al reto de las camas sería, por consiguiente, una curiosidad viva partiendo de un público sin prejuicios. En este caso artista y público compartirían, juntos, una estupenda experiencia.

MARTA TRABA



FELIZA BURSZTYN – CAMAS